

DS 109

9

226 Aprobación de la Autoridad Eclesiástica

CENSURA

M. Ilre. Sr.: En virtud del decreto que antecede he leído atentamente la obra titulada LA TIERRA SANTA ó sea estudio histórico sobre la misma y sus monumentos, fijándome principalmente en la parte que contiene relatos bíblicos y apreciaciones morales y teológicas, no habiendo notado cosa alguna contraria á la moral y dogma católicos. En este concepto nada hay que obste á la publicación de dicha obra, cuya lectura será de gran utilidad, atendido el carácter de la misma que no es meramente descriptivo, como queda ya indicado. Este es mi humilde parecer, salvo siempre el autorizado criterio de Vs. que Dios conserve por dilatados años.—Barcelona y Marzo de 1896.—DR. JOAQUÍN DE COTS.

AUTO

Vista la anterior favorable censura concedemos permiso para que pueda publicarse la obra titulada LA TIERRA SANTA ó PALESTINA. Estudio histórico sobre la misma y sus monumentos.—Barcelona, 1.º de Marzo de 1896.—El Vicario general, FRANCISCO DE POL.—Por mandado de Su Sria., DR. JAIME BRUGUERAS, Pbro. Secretario Cancelario Canónico.
(Es copia).

Hay un sello que dice: «Vicariato general de la Diócesis de Barcelona».

APROBACION

CURIA ECLESIASTICA DE LA DIÓCESIS DE BARCELONA

El M. Ilre. Sr. Vicario general de la Diócesis por decreto de esta fecha, vista la favorable censura emitida por el Rdo. D. Joaquín de Cots, Pbro., Revisor Sinodal, ha concedido á V. el permiso solicitado para publicar la obra titulada LA TIERRA SANTA ó PALESTINA. Estudio histórico sobre la misma y sus monumentos, escrita por V.

Lo que por mandado de Su Sria. me complazco en comunicar á usted previniéndole que debe entregar dos ejemplares de la referida obra con el visto bueno del Censor á la Secretaría de Cámara y Gobierno de este Obispado.

Dios guarde á V. muchos años.—Barcelona, 1.º de Marzo de 1896.
—DR. JAIME BRUGUERAS, Srio. Canc.

Rdo. Sr. Dr. D. Antonio Elor, Pbro.



FRM

8516

8516



PRÓLOGO

Ni Egipto con su grandiosa civilización que desafía á los pueblos antecristianos desde lo alto de sus gigantescas pirámides; ni la fastuosa Asiria desplegando el asiático cortejo de vanas maravillas; ni la sabia Grecia en su ilustre asamblea de sabios y de artistas; ni Roma, por fin, seguida por doquier de instituciones inmortales, intrépidos ejércitos cubiertos de laurel y enjambres de pueblos subyugados al filo de su espada han alcanzado jamás la tranquila y duradera posteridad de gloria y honor que el estrepitoso estruendo de su poder intentó conquistar en la Historia antigua.

Bajaron á la tumba, ¡infelices generaciones! sin dejar de su país más que el azufre que señala el paso del rayo destructor y la Historia, al escribir en sus sepulcros olvidados los nombres de aquellas víctimas, ha puesto en la lápida funeraria el R. I. P. cristiano con que la vencedora Iglesia, heredera del Dios de Palestina, ha querido consignar el triste fin de un paganismo infortunado.

Sobre las ruinas de Cartago y Memphis de Atenas y Roma se ha mantenido siempre como llama de esperanza el recuerdo inextinguible de otro pueblo, pueblo bendito mil veces más esclarecido y dichoso, tierra incomparablemente más preciosa que la efímera gloria de aquellas edades á las generaciones pasadas, presentes y venideras.

Como aquéllas, al parecer, ha perdido Jerusalén, la grandeza humana, pero al dejar á otros pueblos más afortunados el manto real de una soberanía, forma que los hombres dan y quitan á su antojo, á conservar el espíritu de su alto destino celestial, el fuego sagrado de unas grandezas que pasaron por su seno pero cuyo recuerdo precioso vive y vivirá para siempre en el corazón de la humanidad.

Diecisiete veces tomada y otras tantas entrada á saco formidable, ¡inmolados á millares los hombres en su recinto como hostias de propi-

ciación que sellaban con sangre agradecida el altar del cruento sacrificio; tornados despojos de muerte los preciosos recuerdos de la vida, yer-tos é incultos sus campos, agostada aquella envidiable fecundidad, ce-gados sus manantiales y desprendidas de los montes las peñas hasta cubrir los valles sombreados antes por los hermosos bosquecillos de sa-grado ricomoro tornóse la Ciudad Santa pobre y miserable tierra de dol-or, otra vez viuda de pasada grandeza, anegada en llanto y desolación.

Pero el Señor vela por la cuna de su nacimiento donde diera el primer latido de amor y la última palabra de perdón, y hoy como ayer Jerusalén y su sagrada comarca vive fervorosa en el pensamiento de las naciones esparcidas más allá del Calvario y se postra el mundo de rodi-llas hacia el Oriente salvador donde entre los rayos del sol naciente brilla el Gólgotha sagrado que sólo la fe puede vislumbrar tras las mon-tañas que separan los continentes.

Europeos ó americanos, hijos del Polo ó pobladores de las zonas ba-ñadas por el tórrido sol del Ecuador, nacidos en un rincón del mar ó en el agitado seno de las civilizaciones modernas, hijos somos todos de la Cruz del Redentor; por igual nacidos á la verdadera vida de la gracia en la sagrada Asia donde nació y murió para que en él naciéramos y viviéramos, el Autor de la vida, Cristo Jesús.

Por esto, porque es nuestra Patria, nuestra gran Patria, miles de veces hemos volado á ella en alas de un sueño infantil, en nuestros pensamientos de jóvenes hemos heredado un valor desconocido al re-cuerdo de las gloriosas cruzadas, y cuando viejas, la idea de ir á abrazar al justo resucitado en el cielo nos ha consolado de la tristeza de no haber podido besar su sepulcro en la tierra.

Por esto las rosas de Eugaddi serán en todos tiempos más hermosas que todos los jardines de la tierra, y los cedros del Libano, el rocío del Hermón, las hondas agitadas del Jordán y las tranquilas aguas del lago de Genezareth, ó los olvidos del huerto de Getsemaní, mil veces incompa-rablemente más clásicos y preciosos que las deliciosas hermosuras de otros pueblos, porque aquéllos son objetos que traídos á nuestra Europa como testimonios vivos de un Dios á quien queremos nos hablan de una Tierra Santa que desde niños adoramos, de una patria que sentimos en el palpitar de nuestro ser, de un Redentor que es nuestro Padre, de cuya sangre nacimos y en cuya carne y sangre vivimos; porque las altas co-pas de aquel bosque sagrado traen á nuestra frente con los suspiros pu-rísimos de Jesús, con que jugaban sus ramas el beso regenerador del Justo, aquellos entristecidos olivos las lágrimas de sudor sangriento que contaron en aquella noche angustiosa; las aguas obedientes del

pacificado lago del espíritu de la tierra proclamando un grito expontá-neo la soberanía del cielo, nos cuentan por fin la Historia santa á que asistieron que ha venido á ser el espíritu de los pueblos redimidos, el patrimonio de las edades cristianas, el consuelo y la esperanza del hom-bre, sin patria y sin familia fuera de la patria y familia de Palestina.

¿Qué extraño, pues, que la Europa no haya dejado jamás á la Tierra Santa abandonada un solo momento al peso de tan tristes gloriosos re-cuerdos? ¿Qué de admirar que de una á otra parte del mundo, desde la muerte del Redentor, vinieran los pueblos todos á postrarse al pie de su sepulcro, á compartir con sus hermanos de Occidente las dulzuras que librara el hijo al pie del árbol de su padre, y que los Santos Maximino de Treverci, Raimundo de Plasencia, Gervió y el Obispo Guibaldo, Bernardo y Ricardo de San Victor, se constituyeran en jefes de aquellas piadosas expediciones, preludio santo de las sangrientas que le siguieran escribiendo aquellos piadosos *Itinerarios* que forman la hermosa litera-tura de aquel período de amor de la Tierra Santa?

Era un admirable espíritu de gratitud el que se perpetuaba en los pue-blos como vena de sangre vivificadora que unía unos pueblos con otros. Extenuados por los ayunos y santificaciones, abrasados por el sol de Siria, diezmados por persecuciones encarnizadas é incesantes, caían mu-chos palmeros en el camino besando sus labios amoratados á la vista de Jerusalén, aquella Tierra Santa de su sacrificio, pero al dejar la ben-decida alforja ó el místico bordo parecía como que entregasen á otros más afortunados con la emblemática palma el espíritu de su peregrina-ción para transmitirla á la Europa guarnecida con los recuerdos cris-tianos y la relación hermosa de impresiones dulcísimas.

Pero llegó un día que este período de idealismo y cristiana poesía dejó paso á más desconsoladoras impresiones.

El sepulcro de Dios, sagrario de la fe, habrá caído en poder de la in-fidelidad.

Aquella tierra, hasta entonces querida al corazón del peregrino, tor-nóse objeto de vengadoras amenazas para el pecho del soldado, y como antes los hijos hicieran del camino de Jerusalén lugar de peregrina-ción, de él hicieron ahora los héroes campo de reñina lucha, y á las pa-labras del Papa, y á la ardiente elocuencia de un monje, y al empuje poderoso de una inquebrantable fe cristiana, el Occidente se lanzó como un solo hombre sobre el Oriente, y el mundo antiguo, casi desierto, se sintió grande y orgulloso reconociendo el valor de que eran capaces sus pobladores.

Inútil es preguntar quien se distinguió más en aquel honorífico torneo. Allí estábamos todos, lo mismo el pueblo hispano, que el franco y el romano, así el continental como el insular. Hijos por igual del Crucificado, por igual defendieron el sepulcro de su padre, y para que nadie pudiera vanagloriarse de mayor bravura, los niños, en ejército compacto y valeroso, dieron lecciones de heroísmo á los hombres y monjes formando junto á los príncipes, y éstos al lado de los labriegos formaron aquella gloriosa epopeya en que la Europa, cruzado su pecho, aparece como la hija fiel del Crucificado en aquel cuadro inmortal de Tasso, «La Jerusalén libertada que constituyen la edad de oro de la literatura de aquel período de heroísmo de la Tierra Santa».

Estos son los más señalados períodos de la Tierra Santa desde Jesús hasta nuestros días.

¿Se habrá extinguido por desgracia la piedad de la Europa peregrina?

¿Habrá muerto por desventura el espíritu heroico de la Europa cruzada?

Dios quiera que no, y la narración hermosa que sigue á estas líneas, haga renacer en el alma del piadoso lector el espíritu de amor hacia aquella patria, objeto glorioso de tan gloriosas épocas.

S. P. y P.



DISCURSO PRELIMINAR

LOS HEBREOS

«La humanidad vive, la sociedad marcha, los pueblos sufren cambios y vicisitudes, los individuos obran. ¿Quién los impulsa? ¿Es la fatalidad? ¿Hemos de suponer la sociedad humana abandonada al acaso, ó regida sólo por leyes físicas y necesarias, por las fuerzas ciegas de la naturaleza, sin guía, sin objeto, sin un fin noble y digno de tan grande creación? Esto, sobre arrancar al hombre toda idea consoladora, sobre secar la fuente de toda noble aspiración, sobre esterilizar hasta la virtud más fundamental de nuestra existencia, la esperanza, equivaldría á suprimir todo principio de moralidad y justicia, de bien y de mal, de premio y de castigo; sería hacer de la sociedad una máquina movida por resortes materiales y ocultos. Referiríamos impasibles los hechos, y nos dispensaríamos del sentimiento y de la reflexión. Veríamos morir sin amor y sin lágrimas al inocente, y contaríamos sin indignación los crímenes del malvado; mejor dicho, no habría ni criminales ni inocentes; unos y otros habrían sido arrastrados por las leyes inexorables de su respectivo destino, no habrían tenido libertad. Desechemos el sombrío sistema del fatalismo; concedamos más dignidad al hombre, y más altos fines al gran pensamiento de la creación. Por fortuna hay otro principio más alto, más noble, más consolador, á que recurrir para explicar la marcha general de las sociedades: la Providencia, que algunos, no pudiendo comprenderla, han confundido con el fatalismo. Aun suponiendo que los libros santos no nos hubiesen revelado esa providencia que guía el universo en su majestuosa marcha por las inmensidades del tiempo y del espacio, nada mejor que la historia pudiera hacerla adivinar, enseñándonos á reconocerla por ese encadenamiento de sucesos con que el género humano va marchando hacia el fin á que ha sido destinado por el que le dió el primer impulso y le